

tiempo. Sin embargo, durante toda una existencia que se redujo á una larga enfermedad, la fuerza de su espíritu no le abandonó nunca, sobreponiéndose en las grandes ocasiones á los sufrimientos y á la debilidad física.

Había nacido con violentas pasiones y exquisita sensibilidad; pero la fuerza de sus emociones jamás se traslucía al exterior. Ocultaba á los ojos de la multitud sus alegrías y sus penas, su resentimiento y su afecto bajo la más flemática serenidad que le daba fama de ser el hombre más frío del mundo. Raras veces los portadores de buenas nuevas descubrían en su rostro la más leve señal de regocijo, y en vano buscaban muestras de disgusto en su aspecto los que le veían después de una derrota. Elogiaba y reprendía, recompensaba y castigaba con la serena tranquilidad de un jefe Mohawk; pero los que le conocían bien y le veían de cerca, sabían que bajo aquel hielo ardía constantemente el fuego más abrasador. Muy rara vez la ira le ponía fuera de sí; pero cuando en realidad se enfurecía, el primer desahogo de su enojo era terrible, no pudiendo con seguridad ni aun acercársele. En tan raras ocasiones, sin embargo, no bien volvía á ser dueño de sí, daba reparación tan cumplida á los que había ofendido, que casi les hacía desear nuevamente otro arrebató de furia. Su cariño era tan impetuoso como su odio. Cuando amaba hacíalo con toda la energía de su alma, y si la muerte le privaba del objeto de su cariño, los pocos que presenciaban su dolor temblaban por su razón y por su vida. Para un pequeño círculo de amigos íntimos en cuya fidelidad y discreción podía tener completa confianza, era un hombre distinto de aquel estoico y reservado Guillermo, á quien la multitud suponía destituido de humanos sentimientos. Era bondadoso, cordial, franco y hasta ale-

gre y chistoso; permanecía á la mesa horas enteras, y tomaba parte como cualquier otro en la festiva y bulliciosa charla.

V.

SU AMISTAD CON BENTINCK.

Ocupaba el primer lugar en su afecto un caballero al servicio de su casa llamado Bentinck, descendiente de una noble familia báltava, y destinado á ser el fundador de una de las grandes familias patricias de Inglaterra. La fidelidad de Bentinck había estado sujeta á pruebas no comunes. Cuando las Provincias Unidas luchaban por la independencia contra el poderío de Francia, el joven Príncipe, en quien todos tenían puesta la esperanza, fué atacado por la viruela, enfermedad que había sido fatal á muchos individuos de su familia, y que al principio se presentó en él con muy mal aspecto. Grande fué la consternación del pueblo. Las calles del Haya estaban llenas de la mañana á la noche de personas que ansiosamente preguntaban cómo se hallaba S. A. Por fin, tomó la enfermedad carácter más benigno, y la gente atribuía su salvación no sólo á la singular serenidad de su espíritu, sino también á la intrépida é infatigable amistad de Bentinck. Sólo de sus manos tomaba Guillermo el alimento y las medicinas. Bentinck sólo era quien levantaba á Guillermo del lecho y quien le acostaba. «Yo no sé, decía Guillermo á Temple, lleno de emoción, si Bentinck durmió ó no mientras estuwo enfermo. Lo único que sé es que en diez y seis días con sus noches, ni una sola vez se me ocurrió pedir algo sin que Bentinck acudiese

imediatamente á mi lado.» No había terminado por completo su tarea el fiel servidor, cuando se sintió él mismo atacado del contagio, y, sin embargo, con fiebre y malestar continuó en pie hasta que su amo entró en la convalecencia. Entonces, por fin, solicitó Bentinck permiso para retirarse á su casa. Era ya tiempo, pues las piernas se negaban á sostenerle. Estuvo en gran peligro, pero sanó; y no bien dejó el lecho corrió á las filas del ejército, donde en muy terribles campañas se le encontraba siempre, en igual sitio que cuando el peligro fuera muy diferente, al lado de Guillermo.

Tal fué el origen de aquella amistad entusiasta y pura, como ninguna de cuantas recuerdan las historias antigua y moderna. Los descendientes de Bentinck aun conservan muchas cartas escritas por Guillermo á su antecesor, y no parecerá atrevimiento afirmar que quien no haya estudiado esas cartas no puede tener idea exacta del carácter del Príncipe. Aquel á quien aun sus admiradores designan en general como el más indiferente de los hombres, olvida aquí todas las distinciones de rango y da libre expansión á sus pensamientos con la ingenuidad de un niño. Comunica á su amigo sin reserva secretos de la más alta importancia; desarrolla con la mayor sencillez vastos designios que interesaban á todos los Gobiernos de Europa, y á estas noticias y confianzas se mezclaban otras de índole muy diferente, aunque tal vez de no menor interés. Todas sus aventuras, todos sus sentimientos personales, sus largas carreras persiguiendo enormes ciervos, la francachela del día de San Huberto, el estado de sus plantas, la desgracia que le había sucedido con los melones, el estado de la yeguada, su deseo de procurar á su esposa una cómoda jaca, su disgusto al saber que uno de sus servi-

dores, después de deshonrar á una muchacha de buena familia, se negaba á casarse con ella, sus enfermedades, los dolores de cabeza, los mareos, la tos, sus prácticas religiosas, su gratitud á la divina protección después de un gran peligro, sus esfuerzos por someterse á la voluntad divina después de una desgracia; todo esto descrito en medio de la más amable garrulidad que nadie hubiera sospechado en el político más discreto y grave de su tiempo. Más notable aún es el abandono con que da suelta á su ternura y el fraternal interés con que mira la felicidad doméstica de su amigo. Cuando le nace un hijo á Bentinck, exclama Guillermo: «Espero que vivirá para ser tan bueno como vos, y si yo tuviera un hijo se profesarían el mismo cariño que á nosotros nos ha unido» (1). Siempre miró con paternal ternura á los hijos de Bentinck. Les llamaba por los más cariñosos diminutivos. Se encargaba de ellos en la ausencia de su padre, y aunque le dolía verse obligado á privarles de cualquier placer, no les dejaba ir á las partidas de caza en que pudieran correr peligro de ser lastimados por un ciervo, ó tuvieran que aguardar hasta muy tarde á compartir la bulliciosa cena de los cazadores (2). Cuando la esposa de Bentinck caía enferma en ausencia de su marido, Guillermo, en medio de los negocios de mayor importancia, tenía tiempo de enviar diariamente varios correos portadores de noticias relativas á su estado (3).

(1) Marzo 3, 1679.

(2) «Voilà en peu de mot le détail de nostre Saint Hubert. Et j'ay eu soin que M. Woodstoc (el hijo mayor de Bentinck) n'apoint esté á la chasse, bien moin au soupé, quoy qu'il fut icy. Vous pouvez pourtant croire que de n'avoir pas chassé l'a un peu mortifié, mais je ne l'ay pas ausé prendre sur moy, puisque vous m'aviez dit que vous ne le souhatiez pas.» En Loo á 4 de noviembre 1697.

(3) El 15 de junio, 1688.

En una ocasión, cuando la declararon fuera de peligro después de una grave enfermedad, prorrumpió el Príncipe en fervientes expresiones de gratitud al Criador. «Escribo, dice, *derramando lágrimas de alegría* (1). Tienen singular encanto estas cartas, escritas por un hombre cuya irresistible energía é inflexible firmeza imponían respeto á sus enemigos, cuya frialdad y modales poco corteses le enajenaban la adhesión de casi todos sus partidarios, y cuya mente ocupaban gigantescos proyectos que hubieran cambiado la faz de la tierra.

El objeto de tan gran cariño no era indigno de él. Bentinck, según desde el principio había declarado Temple, era el mejor y más fiel servidor que jamás príncipe alguno tuvo la suerte de poseer, y en toda su vida ni un momento dejó de merecer tan honrosa calificación. Ambos amigos habían nacido en realidad para quererse mutuamente. Guillermo no necesitaba guía ni adulador: lleno de firme y justificada confianza en el propio juicio, no era partidario de los consejeros que gustan mucho de sugerencias y réplicas. Al mismo tiempo tenía demasiado discernimiento y elevación de espíritu para que le gustase la adulación. El confidente de tal Príncipe debía ser un hombre no de inventiva y de carácter dominante, sino bravo y fiel, capaz de ejecutar puntualmente las órdenes recibidas, de guardar inviolablemente los secretos, de observar con diligencia los hechos y referirlos con toda fidelidad, y así precisamente era Bentinck.

(1) Set. 6, 1679.

VI.

MARÍA, PRINCESA DE ORANGE.

No fué Guillermo menos afortunado en el matrimonio que en la amistad. Y, sin embargo, no pareció al principio que su casamiento había de proporcionarle la dicha del hogar. Su elección había obedecido principalmente á consideraciones políticas, y no parecía probable que llegase á existir gran cariño entre una hermosa doncella de diez y seis años, de buen natural sin duda, y no desprovista de inteligencia, pero ignorante y sencilla, y un marido que si bien aun no contaba veintiocho años, á causa de su mala salud parecía más viejo que el padre de la novia, tenía maneras glaciales, y sólo pensaba en cacerías ó en los asuntos públicos. Durante algún tiempo no se mostró Guillermo marido muy solícito. Apartábanle de su esposa otras mujeres, especialmente una de las damas de honor de la Princesa, llamada Isabel Villiers, la cual, si bien carecía de atractivos personales, aumentando su fealdad el ser horriblemente bizca, poseía gran talento que la hacía digna de compartir los cuidados de Guillermo (1). Avergozábale el Príncipe de sus errores, y hacía cuanto estaba en su mano por ocultarlos; pero á pesar de todas sus precauciones, María estaba enterada de que su marido le era infiel. Espías y chismosos alentados por su padre hacían lo posible por in-

(1) Véase lo que relativamente á ella dice Swift en el *Diario de Stella*.

flamar su resentimiento. Un hombre de muy distinto carácter, el excelente Ken, el cual por algunos meses fué capellán de María en el Haya, de tal modo se irritó por las infidelidades de Guillermo, que con más celo que discreción amenazó reprenderle severamente (1). Ella, sin embargo, llevaba las ofensas de su marido con resignación y paciencia que merecían, y gradualmente alcanzaron la estimación del Príncipe. Sin embargo, aun quedaba otra causa que se oponía al complemento de su dicha. Llegaría el tiempo probablemente en que la Princesa, que sólo sabía bordar, tocar el clavicordio, leer la Biblia y los *Deberes del hombre*, se vería al frente de una gran monarquía, siendo árbitra de toda Europa, al paso que su marido, ambicioso, versado en los negocios y aficionado á grandes empresas, no encontraría en el gobierno inglés lugar que de derecho le perteneciese, derivando su poder de las bondades y mercedes de su esposa. No es extraño que un hombre tan amante de la autoridad como Guillermo, teniendo conciencia de sus aptitudes para el mando, hubiera sentido hondamente aquella mortificación que en el breve espacio de algunas horas de monarquía bastó á arrojar la discordia entre Guildford Dudley y lady Juana, y que produjo rompimiento aun más trágico entre Darnley y la Reina de Escocia. La Princesa de Orange no tenía la más leve sospecha de lo que pasaba en el alma de su esposo. Su preceptor, el Obispo Compton, la había instruído con esmero en la religión, procurando en especial precaver su espíritu contra las artes de los teólogos católicos, pero la había dejado en la más pro-

(1) *Diario de Enrique Sidney*, marzo 31, 1680, en la interesante colección de Mr. Blencowe.

funda ignorancia de la constitución inglesa y de su posición. Ella sabía únicamente que su matrimonio la obligaba á obedecer á su marido, y nunca se le había ocurrido que podría llegar el día en que la posición de ambos se invirtiese. Nueve años llevaba de casada cuando descubrió la causa del descontento de Guillermo, el cual por su parte nunca se la hubiera dado á conocer, pues en general era por naturaleza inclinado más bien á guardar dentro de sí sus penas que á comunicarlas á los demás, y en este caso particular, como fácilmente se comprende, la delicadeza sellaba sus labios. Por fin llegaron ambos cónyuges á una explicación franca, seguida de completa reconciliación, gracias á haber intervenido Gilberto Burnet.

VII.

GILBERTO BURNET.

Hase atacado con singular malicia y pertinacia la fama de Burnet. Empezaron los ataques ya en vida de Burnet, y aun continúan con el mismo encarnizamiento, á pesar de haber trascurrido más de ciento veinticinco años desde que bajó al sepulcro. Es, por sus especiales circunstancias, fácil blanco en que á su sabor pueden ejercitarse la animosidad de los partidos y los ingenios superficiales y petulantes. Los defectos de su entendimiento y de su carácter se encuentran en la superficie, y no pueden por tanto pasar inadvertidos. No eran los defectos que generalmente se consideran como propios y peculiares de su país. De todos los Escoceses que han llegado á las más altas distinciones, con próspera fortuna, en Ingla-

terra, sólomente Burnet tenía aquel carácter que los poetas satíricos, novelistas y dramáticos han convenido en atribuir á los aventureros Irlandeses. Sus fanfarronadas, su continua jactancia, su vanidad sin igual, su afición á la sátira, su provocativa indiscreción, su pertinaz audacia, fueron tesoro inagotable de que para ridiculizarlo se sirvieron los *torjes*. Ni dejaban sus enemigos de cumplimentarle algunas veces, con más donaire que delicadeza, con motivo de sus anchos hombros, de sus robustas pantorrillas y del buen resultado de sus proyectos de matrimonio con enamoradas y opulentas viudas. Sin embargo, aunque en muchos respectos se prestaba Burnet al ridículo y aun se hacía acreedor á seria censura, distaba mucho de ser hombre vulgar. Era de pronto entendimiento, de inagotable ingenio, de extensa y variada cultura. Era á un tiempo historiador, anticuario, teólogo, predicador, libelista, polemista y activo caudillo político. Y en cada una de estas distintas materias logró hacerse notable luchando con entendidos competidores. Los ingeniosos folletos que escribía sobre los acontecimientos de actualidad son hoy conocidos sólo de los curiosos; pero la *Historia de su tiempo*, la *Historia de la Reforma*, la *Exposición de los Artículos*, el *Discurso acerca de los deberes pastorales*, su *Vida de Hale* y la *Vida de Wilmot*, se reimprimen todavía y figuran en toda buena biblioteca. Contra hechos como éste, son inútiles todos los esfuerzos de sus detractores. Un escritor cuyas voluminosas obras, en distintos ramos de la literatura, encuentran numerosos lectores, ciento treinta años después de su muerte, podrá haber cometido grandes faltas, pero también habrá tenido grandes méritos. Y Burnet tenía grandes méritos, entendimiento fecundo y vigoroso, y un estilo que si bien dista mucho

de irreprochable pureza, es siempre claro, á menudo ingenioso y á veces llega hasta la más solemne y férvida elocuencia. En el púlpito contribuían al efecto de sus discursos, que pronunciaba siempre sin la ayuda de notas, su noble figura y su patética acción. Con frecuencia era interrumpido por murmullos de aprobación del auditorio; y cuando después de predicar hasta que había corrido toda la arena del reloj, que en aquellos días figuraba siempre en el púlpito, lo levantaba como para terminar, los oyentes con grandes clamores le suplicaban que continuase hasta que la arena hubiese corrido una vez más (1). En cuanto á su moralidad, como respecto de su entendimiento, grandes defectos encontraban amplia compensación en excelentes cualidades. Aunque con frecuencia se dejaba extraviar por las preocupaciones y la pasión, puede decirse que era un hombre honrado; y si bien no era insensible á las seducciones de la vanidad, su espíritu estaba muy por encima de la influencia de la avaricia ó el temor. Era de natural benévolo, generoso, agradecido y perdonador de las injurias (2). Su celo religioso, aunque inquebrantable y

(1) Véase la nota del Presidente Onslow en Burnet, I, 596; Johnson, *Vida de Sprat*.

(2) Nadie contradijo á Burnet más á menudo ni con más aspereza que Dartmouth. Y, sin embargo, Dartmouth escribía: «No creo que de intento haya publicado nada que en su opinión fuese falso.» Posteriormente Dartmouth, provocado por algunas observaciones que respecto á su persona hacía el Obispo en el tomo segundo de la *Historia*, se retractaba de su anterior elogio; pero claro es que tal retractación no merece la menor importancia. Hasta el mismo Swift le hace á Burnet la justicia de reconocer que «después de todo, era hombre de natural benévolo y generoso.»—*Breves observaciones á la Historia del Obispo Burnet*.

Es costumbre acusar á Burnet de historiador inexacto, cargo que yo creo completamente injusto. Si parece singularmente inexacto, es tan solo porque su narración hubo de sufrir el más

ardiente, era en general refrenado por sus sentimientos humanitarios y su respeto á los derechos de la conciencia. Fuertemente adherido á lo que se miraba como el espíritu del cristianismo, inspirábanle completa indiferenciá los ritos, nombres y formas de la política eclesiástica, y en modo alguno se sentía inclinado á la severidad aun con infieles y herejes, con tal que su vida fuese honrada y que sus errores proviniesen más bien de perversión del entendimiento que de depravación del corazón. Pero, como otros muchos hombres bondadosos de aquel tiempo, consideraba la Iglesia de Roma como exceptuada de toda regla general.

Por espacio de algunos años alcanzó Burnet reputación europea. Su *Historia de la Reforma* había sido recibida con gran aplauso por todos los protestantes, y había producido en los católicos el efecto del más rudo ataque. El más ilustre doctor que ha producido la Iglesia de Roma desde el cisma del siglo xvi, Bossuet, Obispo de Meaux, se ocupaba en escribir una elaborada respuesta. Burnet había sido honrado con un voto de gracias con que le obsequió uno de los celosos Parlamentos del período de efervescencia de la conjuración católica, siendo exhortado, en nombre de la Cámara de los Comunes, á continuar sus trabajos históricos. Fué admitido á conversar familiarmente con Carlos y Jacobo. Había vivido en estrecha intimidad con insignes hombres de Estado, particularmente con Halifax, y había sido director espiritual de personajes de gran cuenta. Había apartado del ateísmo

severo y malévolos examen. Si cualquier whig se tomase el trabajo de sujetar á igual prueba las *Memorias* de Reresby, el *Examen* de North, la *Reseña de la Revolución* de Mulgrave, ó la *Vida de Jacobo II*, editada por Clarke, pronto vería cuánto dista Burnet de ser el escritor más inexacto de su tiempo.

mo y de la vida licenciosa á uno de los más brillantes libertinos de la época, Juan Wilmot, Conde de Rochester. Lord Stafford, el que fué víctima de Oates, á pesar de ser católico, había sido edificado en sus últimas horas por las exhortaciones de Burnet, respecto á aquellos puntos en que todos los cristianos convienen. Algunos años después, un reo más ilustre, lord Russell, fué acompañado por Burnet desde la Torre hasta el cadalso en Lincoln's Inn Fields. La Corte no había descuidado medio alguno para ganar á tan activo y sabio teólogo. Ni las regias amenazas ni las promesas de gran fortuna se habían olvidado; pero Burnet, aunque corrompido en los principios de su juventud por aquellas serviles doctrinas tan comunes en el clero de su tiempo, era whig por convicción, y permaneció firme en sus principios á través de todas las vicisitudes. No había tomado parte, sin embargo, en aquella conspiración que fué causa de tan gran deshonra y tantas calamidades trajo sobre el partido whig, y no sólo detestaba los homicidas intentos de Goodenough y Ferguson, sino era de opinión que aun su amado é ilustre amigo Russell había apelado á injustificables medidas contra el Gobierno. Por fin vino un tiempo en que la inocencia no era suficiente salvaguardia, y Burnet, á pesar de no haber incurrido en la más leve infracción de la ley, fué perseguido por la venganza de la Corte. Retiróse al Continente, y después de pasar un año en aquellas excursiones por Suiza, Italia y Alemania de que nos ha dejado tan agradable narración, llegó al Haya el verano de 1686 y fué recibido con benevolencia y respeto. Conversaba con toda libertad con la Princesa sobre religión y política, y pronto llegó á ser su director espiritual y consejero de confianza. Guillermo se mostró huésped mucho más amable de lo

que nadie hubiera esperado, porque de todos los defectos la oficiosidad y la indiscreción eran los que más aborrecía, y Burnet, aun en opinión de sus amigos y admiradores, era el hombre más oficioso é indiscreto del mundo; pero el sagaz Príncipe observó que aquel entrometido y charlatán teólogo que siempre estaba refiriendo secretos, haciendo preguntas impertinentes y dando consejos que nadie le pedía, tenía, sin embargo, recto juicio y era hombre animoso y entendido, y conocía muy bien el carácter y designios de las sectas y partidos que dividían la Gran Bretaña. Además, la fama de la elocuencia y erudición de Burnet se hallaba muy extendida. Guillermo no era aficionado á la lectura, pero llevaba muchos años al frente de la administración holandesa, en una época en que la prensa de Holanda era una de las máquinas más formidables para mover la opinión pública en Europa, y era demasiado discreto y observador para que aun cuando no tuviese afición á las letras, ignorase de cuán gran importancia es la asistencia de la literatura. Sabía que un libelo popular prestaba á veces tan gran servicio como una victoria en el campo. Conocía también la importancia de tener siempre cerca de sí alguna persona bien informada de la administración civil y eclesiástica de nuestra isla, y Burnet era un diccionario andando para cuanto se refería á la Gran Bretaña. Porque sus conocimientos, aunque no siempre eran profundos, tenían inmensa extensión, y había en Inglaterra y Escocia pocos hombres eminentes en religión y en política á quienes él no hubiera tratado. Tuvo, pues, tan gran parte en el favor y confianza del Príncipe como el que más, aventajándole en esto tan sólo los que componían el pequeño círculo de amigos íntimos de Guillermo. Cuando el doctor se tomaba alguna

libertad, lo cual era bastante frecuente, su amo se ponía más serio y adusto que de ordinario, y aun á veces soltaba alguna punzante burla capaz de hacer enmudecer á cualquiera. A pesar, sin embargo, de tales incidentes y de alguna que otra ruptura, que nunca era de larga duración, la amistad entre tan singular pareja no terminó sino cuando la misma muerte le puso término. Cierto que era difícil lastimar los sentimientos de Burnet; su vanidad, su fatuidad y su falta de tacto eran tales, que á pesar de ofender con frecuencia á los demás, él en cambio nunca se daba por ofendido.

VIII.

LOGRA RECONCILIAR Á LOS PRÍNCIPES.

Todas las peculiaridades del carácter de Burnet le hacían apto para ser el reconciliador de Guillermo y María. Cuando personas que deben profesarse mutuo amor y estima no pueden avenirse, como frecuentemente acontece, por cualquier causa que desapareciera con cuatro palabras de franca explicación, pueden considerar como una dicha tener un amigo indiscreto que pone en claro toda la verdad. Burnet dijo á la Princesa con toda claridad cuál era la idea que constantemente atormentaba á su marido. Entonces supo María por primera vez, con no pequeño asombro, que cuando llegase á ser reina de Inglaterra, Guillermo no compartiría el trono con ella. Declaró entonces llena de entusiasmo que estaba dispuesta á someterse á todas las pruebas de sumisión y afecto conyugal. Burnet, tras muchas disculpas y solemnes protestas de que

nadie en el mundo le había hablado de esto, la informó de que el remedio estaba en su mano. Podía ella fácilmente, al heredar la corona, inducir al Parlamento inglés, no solo á dar el título de rey á su marido, sino á transferirle, por medio de una ley, la administración del gobierno. Pero añadió: «*V. A. R. debe considerarlo bien antes de anunciar ninguna resolución en este asunto, porque es resolución que una vez anunciada, no se puede ni es fácil retirar.*» «*Yo no necesito tiempo para pensarlo,* contestó María. *Me basta tener ocasión de demostrar mi cariño al Príncipe. Decidle cuál es mi deseo, y hacedle venir para que lo oiga de mis labios.*» Burnet fué en busca de Guillermo; pero Guillermo estaba á muchas millas de distancia persiguiendo á un ciervo en la caza. Hasta el día siguiente no pudo verificarse la entrevista decisiva. «*Hasta ayer no supe,* dijo María, *que había tan gran diferencia entre las leyes de Inglaterra y las leyes de Dios. Pero ahora os prometo que siempre seréis el amo, y en cambio sólo os pido que así como yo observaré el precepto que ordena á la esposa obedecer á su marido, observéis vos el que ordena al marido amar á su mujer.*» Tan generoso afecto ganó por completo el corazón de Guillermo. Desde entonces hasta el triste día en que le sacaron loco de dolor de la cabecera del lecho de muerte de su esposa, reinó entre ambos la más completa amistad y confianza. Aun se conservan muchas cartas escritas por María á Guillermo, y en ellas se demuestra plenamente que aquel hombre tan poco amable á los ojos de la multitud, había conseguido inspirar á una mujer bella y virtuosa, que le era superior en rango, una pasión que rayaba casi en idolatría.

De gran importancia fué el servicio prestado en esta ocasión por Burnet á su patria. Era ya llegado el tiempo en que interesaba á toda la nación que reinase entera concordia entre ambos Príncipes.

IX.

RELACIONES DE GUILLERMO CON LOS PARTIDOS INGLESES.

Hasta terminada la insurrección del Oeste, graves disensiones habían mantenido á Guillermo apartado igualmente de whigs y tories. Había visto con disgusto las tentativas de los whigs para privar al Gobierno ejecutivo de algunos poderes que él creía necesarios á su importancia y dignidad, y aún más le había disgustado la actitud de una fracción de aquel partido respecto á las pretensiones de Monmouth. Parecía que la oposición deseaba primero privar de todo valor é importancia á la corona de Inglaterra, y colocarla después en la cabeza de un bastardo impostor. Al mismo tiempo las opiniones religiosas del Príncipe diferían radicalmente de lo que constituía el símbolo de los tories, los cuales eran arminianos y partidarios de los obispos, miraban con desprecio las Iglesias protestantes del Continente, y los más insignificantes detalles de la liturgia y culto de su Iglesia, eran para ellos tan sagrados como los Evangelios. En metafísica teológica, las opiniones del Príncipe eran calvinistas, y en cuanto á la organización eclesiástica y á las ceremonias del culto profesaba la más amplia tolerancia. Declaraba que el obispado era una institución legal y conveniente para el Gobierno de la Iglesia; pero hablaba con desdén y burla del fanatismo de cuantos consideran la institución de los prelados como cosa esencial para el cristianismo. No se preocupaba en lo más mínimo acerca de las vestiduras y ceremonias prescritas en el libro